

IniciativaComunista.org

-- Noticias/ArtÃ-culos - Feminismo Socialista --

Feminismo
Socialista



Résumé :

Dos influencias dominantes (fascista y catÃ³lica) contra mÃºltiples posiciones resistentes.

Miguel, militante de C3.

**Las polÃ-ticas fascistas
en su intento de
construcciÃ³n de un
gÃ©nero femenino al
servicio de la patria.**

Novedades

Domingo 9 de julio de 2006

A la hora de analizar desde la perspectiva del materialismo dialéctico la construcción del género femenino que intentó el régimen fascista en el estado español, es imprescindible servirnos del concepto de hegemonía cultural manejado por Antonio Gramsci: la ideología de la clase dominante como ideología principal pero no única en cada formación social concreta.

Una somera comparación entre las diversas manifestaciones del fascismo, la versión alemana, la italiana y la versión española para adentrarnos en las características ideológicas de cada una y sus respectivas políticas de género, nos descubre lo siguiente:

El italiano fue el primer régimen fascista y el pionero por tanto en desarrollar el discurso sobre la mujer-familia, asignándole a la mujer el papel de centro de la familia como esposa y madre, garante de su unidad y a través de ésta, de la unidad de la nación. De esta manera liga el rol de la mujer al objetivo último de su política y, en sus propios términos, lo "dignifica".

La menor importancia, (incluso ausencia) de la tradición católica en el fascismo alemán supone una diferencia clave por la tradición represiva que esta tradición conlleva y su cultura del miedo, la culpa y la sumisión. El fascismo nazi explicita que el mundo masculino es *grande, es el mundo de la política, el trabajo y el estado*. El mundo de la mujer en cambio es *más pequeño, pero igualmente necesario para que el mundo del hombre funcione*. Es el mundo de la familia, la casa, lo doméstico.

La versión española tuvo una política de género centrada en dos pilares: la sumisión o la lucha contra la emancipación de la mujer y la modernización del modelo de mujer, entendida como adquisición de conocimientos técnicos que le ayuden a optimizar su rol asignado como columna vertebral de la vida familiar.

El primero de estos pilares, abortar cualquier intento de emancipación de las mujeres, tenía por objetivo demonizar la liberación de la mujer respecto de su sumisión al sistema patriarcal, como uno de los peores males que podía acaecer a la sociedad.

"El deber de las mujeres para con la patria es formar familias", aseguraba Primo de Rivera en 1938, durante un discurso ante la Sección Femenina. Con esta frase queda claro que la familia es más que una opción personal o una forma pragmática de organización, es un deber político que exige la nación.

El fascismo se opone al ciudadanía republicano que patrocina la revolución francesa, tachándolo de individualista. Y se opone mediante la promoción de la sagrada estructura familiar como elemento político base de la patria y unidad de producción de nuevos trabajadores-soldados, símbolo de la potencia del país. Crea un papel femenino y luego a la vez le da reconocimiento en su plan político global.

Por este motivo el fascismo considera al Neomaltusianismo un enemigo del matrimonio. El papel del matrimonio es procrear y su deber hacer muchos hijos. Mussolini afirmó "cuesta 5 min. hacer un cáñon y 20 años hacer un camisa negra". En este terreno se crean sinergias entre la iglesia católica y el estado fascista.

El segundo pilar de la política de género fascista fue la modernización, entendida como

actualización del rol de la mujer a las exigencias y posibilidades de la sociedad industrial fondista. Se hace hincapié en la adquisición de conocimientos en salud, nutrición, higiene doméstica y de habilidades y técnicas que incrementen la productividad del trabajo doméstico de la mujer y el bienestar de las familias españolas: la aplicación a las tareas domésticas de la organización científica del trabajo, utilizando como agentes de modernización la publicidad, las revistas para mujeres, programas de televisión y radio, etc.

En ningún caso la modernización del rol femenino contiene connotaciones de emancipación o alcance de nuevas cotas de libertad. No se altera la "naturaleza" subordinada de la mujer, sino que se hace del modelo de mujer, e incluso de su cuerpo, una cuestión política y pública, identificando el cuerpo vigoroso y entregado como un símbolo de la fortaleza nacional. Es la época de la Educación física obligatoria, en que las crónicas de los sectores de la iglesia católica salvaguardando las formas no exhibicionistas de la misma.

Una mujer sana, fuerte y limpia está preparada para ser madre y mejorar la raza. Este es el papel de la Sección Femenina. Numerosas campañas de cuidados y escuelas de maternidad, que eran percibidas muy positivamente por sus destinatarios, socializaron la preocupación por la salud de los niños españoles y por tanto de sus madres.

De esta forma en realidad el fascismo se limitó a potenciar y legislar los modelos que otros regímenes democráticos forjaban por la vía cultural.



(Segunda parte del artículo)

A la hora de analizar desde la perspectiva del materialismo dialéctico la construcción del género femenino que intentó el régimen fascista en el estado español, es imprescindible servirnos del concepto de hegemonía cultural manejado por Antonio Gramsci: la ideología de la clase dominante como ideología principal pero no única en cada formación social concreta.

Partimos de la identificación de las dos principales influencias en el aparato cultural-político fascista: el fascismo pasado por el filtro falangista y el catolicismo tradicional de la iglesia española,

esencialmente reaccionario. Esta segunda influencia determinará ciertas características propias del fascismo español.

No hubo un acuerdo completo entre el modelo de mujer propuesto desde el catolicismo y el propuesto por falange. Falange fue defensora de la gimnasia femenina, de la mujer potente, sana, atlética, como símbolo de madre fértil y de una patria sana. La iglesia no asumió del todo el proyecto eugenésico de la mejora de la raza, prefería una mujer casta y pura, asexuada, y criticaba los movimientos y vestimentas empleados en el deporte por incitadores y provocativos.

A través de numerosas obras de lectura "ligera", cuya misión era vulgarizar el concepto de mujer católico-falangista, entre las que se cuentan títulos como "Joven esposa", "Pura hasta el altar", etc... nos han llegado los detalles concretos de este modelo y sus mecanismos de reproducción ideológica. Otras fuentes muy influyentes, como pueden ser los sermones dominicales de misa, son de muy difícil consulta dada su naturaleza oral y efímera.

A través de estas obras, que a menudo se empleaban como regalo intencionalmente ideológico y terminaban en la biblioteca familiar sin llegar a ser leídas, influenciando igualmente a través de sus títulos e ilustraciones, se infundía el temor al pecado llevado hasta la angustia vital. El mal acecha por todas partes y es necesario vivir en actitud vigilante y de permanente sospecha. Ante esta realidad pobre y vil, el discurso-guerra del nacional-catolicismo aparece como salvador de la mujer y guardián de la pureza mediante un sencillo modelo de conducta basado en unos pocos axiomas.

Se dibuja (literalmente, a través de carteles e ilustraciones) un mundo dicotómico en que existen dos formas de ser mujer: la mujer ángel y la mujer demonio.

La primera en sus dos vertientes: la católica, de cuerpo etéreo y luminoso, austera, púdica, pasiva y servicial prácticamente sin función sexual; y la de la Sección Femenina, más activa, deportista, fértil procreadora dentro de la estructura familiar, que bien podría ser ejemplificada en la figura de Pilar Primo de Rivera.

La segunda, la femme-fatale o mujer vampiro ejemplifica la senda del mal. Es sensual y erótica, herramientas de las que se vale para seducir y controlar a sus víctimas (es autónoma y decide por sí misma). Va asociada a la pérdida, tanto propia como de su familia y de sus amantes, y es ejemplificada por diferentes actrices de cine.

La sociedad industrial permite separar claramente las esferas de lo reproductivo-privado y de lo productivo-público. En sociedades anteriores era menos clara esta división, que exigía de una cualificación profesional y una total entrega de cada mitad de la sociedad a sus respectivos ámbitos.

Se forja así una concepción de la mujer como dependiente. Nunca se piensa en ella como dotada de identidad propia, sino como hija, hermana, novia, esposa, madre o abuela de uno u otro hombre. Su identidad es precisamente la alteridad.

Pero este era solo el modelo ideal. Por supuesto que la realidad jamás se ajusta al cien por cien a los modelos culturalmente imperantes, a pesar de que estos, una vez interiorizados tergiversan toda nuestra percepción del entorno y de nuestras propias vidas.

Las mujeres que vivieron bajo el franquismo se relatan su propia vida empleando estos conceptos:

"yo nunca he trabajado", "desempeñaba solo mis labores" son algunas mentiras interiorizadas por muchas trabajadoras que sacaban adelante pequeñas empresas familiares y oficios considerados de sus respectivos hombres.

Se asoció trabajo a la percepción de salario. Los padrones y registros elaborados desde esta concepción aportan datos poco válidos respecto a la situación laboral de las españolas. Igualmente el modelo de mujer fértil que contribuya con numerosos hijos sanos al desarrollo de la nación, quedó en el terreno de lo ideal, pues los datos demuestran que España tuvo una caída del índice de natalidad precisamente entre 1930 y 1960, así como unos índices de mujeres no casadas superiores al 50% entre 1940 y 1950.

Es por tanto importante diferenciar entre el modelo propugnado por el estado católico-fascista, de mujer dependiente dedicada a la intendencia del hogar y la reproducción, y su plasmación real en las vidas materiales de las clases trabajadoras españolas que bajo él vivieron, y que albergaron otros modelos teóricos y prácticos que sobrevivieron "en resistencia" contra el oficial y sus políticas de implantación.

¿Qué quedó de estos modelos?

El modelo de las Working Girls, imperante a partir de los años 80 en que la lucha feminista pero también las necesidades del capital especulativo exigen la incorporación de la mujer al ámbito productivo, no encuentra una contrapartida equilibrada en la incorporación del hombre al ámbito reproductivo y doméstico. La barrera de lo público-privado ha sido transgredida solo en un sentido y muy parcialmente.

Para alcanzar una justa equidad entre sexos y la igualdad de oportunidades es imprescindible que se produzca en ambos y de forma global.